

Sayda-Llemal estaba en aquellos momentos lejos de la tienda, en los alcázares de Galiana.

—Se ha visto contigo una mujer encubierta que ha venido de Andalucía: cuando alguno te ha preguntado quién era aquella mujer, tú has respondido:—Es mi esclava.

—Convenia decirlo así.

—¿En efecto has traído tú una mujer de Andalucía?

—No la he traído: me ha traído ella á mí.

—¿Luego no es tu esclava?

—Es mi señora.

—¿Cómo se llama? ¿quién es?

—No puedo decírtelo.

—¿Me conoces?

—Eres el poderoso sultan Sidi-Aben-Abed.

—Estás en mis dominios, dentro de mis reales, y eres mi vasallo.

—Es verdad.

—Puedo cortarte la cabeza.

—Tuya es, señor: el rey cristiano no es mi sultan: él no puede entrar en lo oculto de la casa de un creyente: pasa tú solo, señor.

Alfonso VI nubló el semblante.

—Pasa, pasa tú, hermano, le dijo: no quiero que por mi causa te se acuse de tiranía: yo esperaré aquí.

Aben-Abed pasó, seguido de Abuleyas, y despues de un pasadizo oscuro, se encontró en el aposento de Sayda-Llemal.

Abuleyas cerró la puerta.

Despues de esto se quitó la barba postiza, bajo la cual quedó su barba negra.

—¿Abuleyas! exclamó Aben-Abed reconociéndole.

—Sí, sí: yo soy, señor, dijo el walí prosternándose.

—Levántate, y respóndeme en verdad: ¿está aquí la sultana Sayda-Llemal?

—Aquí no, señor; ya lo veis.

—¿Pero es ella la mujer que te ha acompañado?

—Sí, poderoso sultan.

—¿Por qué no me has avisado?

—Porque me lo habia prohibido la sultana, y la sultana, señor, por voluntad tuya, parte contigo la majestad y el dominio sobre tu imperio: fuerza y obligacion es obedecerla, como es fuerza y obligacion obedecerte á tí: por eso te respondo cuando me preguntas.

—¿Y por qué ha venido la sultana encubierta á mis reales?

—Por su amor al rey cristiano.

Aben-Abed suspiró.

—El Altísimo lo quiere, dijo: el destino lo manda: no hay poder humano que se oponga á los decretos del destino. ¿En dónde está la sultana?

—Ha ido á vender brocados, sedas y perfumes, á la sultana Zayda-Sobeydah, sobrina del difunto rey Al-Mamun, que habita en los alcázares de Galiana.

—¡Ah! exclamó profundamente Aben-Abed comprendiendo la intencion de la respuesta de Abuleyas: ¿y volverá aquí?

—Inmediatamente: pero creo que la sultana sentiria mucho que el rey Alfonso supiese que ella estaba aquí oculta.

—No lo sabrá el rey Alfonso: vuelve á disfrazarte con tu barba blanca, Abuleyas, y salgamos: deseo que mi hija sepa que yo he estado aquí, y que sé que aquí está ella.

—Lo sabrá, señor: pero como es posible que la sultana vuelva de un momento á otro, seria bueno que dejase de estar cercada con tanto aparato mi vivienda: no sabemos lo que haria la sultana si la viese cercada: ella es valiente y sábia, y no tarda en tomar una resolucion más que lo que tarda en pensarla: podia ponerse de tal modo, que ni tú, ni yo, ni nadie, supiese dónde estaba.

Aben-Abed sabia por experiencia, de cuanto era capaz Sayda-Llemal, y tomando en cuenta la observacion de Abuleyas, salió.

—En efecto, dijo al salir al aposento donde cejijunto y sombrío se paseaba Alfonso VI: este honrado mercader tiene razon: nos habian engañado, hermano: la mujer que buscábamos, no está aquí: vámonos, pues, necesito hablar gravemente contigo.

Alfonso VI no contestó.

Tomó la salida de la tienda y montó á caballo.

Aben-Abed montó á caballo tambien, y dijo á don Alfonso:

—Si quieres, ven conmigo á mi tienda; allí oirás algo que te alegrará.

—¿Ha parecido?

—Sí, dijo Aben-Abed: no quiero engañarte.

Y picando á su caballo, tomó para su tienda.

Alfonso VI lleno de interés, le siguió.

Siguieron á los dos reyes sus comitivas, y la tienda de Abuleyas dejó de estar cercada.

### VIII.

—La esclava que acompaña á ese mercader, que es uno de mis más leales walies, disfrazado bajo esa apariencia, es mi hija disfrazada tambien: dijo Aben-Abed cuando estuvo á solas dentro de su tienda con Alfonso VI.

—¿La has visto? dijo don Alfonso, dominando mal su comocion.

—No: Abuleyas me ha dado esta noticia en secreto, y con el mismo secreto te la digo yo.

—¿Y por qué permites que Sayda-Llemal se oculte de nosotros?

—Su voluntad es mi voluntad, Alfonso, dijo Aben-Abed.

—Eres débil, y no comprendo cómo con tanta debilidad puedes sostener tu corona en la cabeza.

—Sayda-Llemal es mi destino, Alfonso: escucha: cuando nació, los sábios de mi córte consultaron su horóscopo: cuando me lo explicaron me dijeron:—Noble sultan, tu hija ha nacido con buenas hadas: mientras ella viviere nada tendrás que temer: Sayda-Llemal te salvará de todas las contrariedades, y el Altísimo te pondrá á prueba más de una vez: pero ella será tu salvadora: su espíritu es fuerte y su corazon valiente: lo que grandes héroes no han hecho, será hecho por ella, y cuando ella llegare á una grandeza sin igual, tú serás grande, fuerte y poderoso: pero cuando ella muriere, tu estrella se eclipsará, nube de desventuras caerá sobre tí, y tu fin será funesto: porque

ella será tu alma, y cuando ella haya dejado de ser, tú sucumbirás con ella.

—Agüeros en que no creo, dijo Alfonso VI: la voluntad de Dios es impenetrable, y no pueden preveerla los hombres.

—Y sin embargo, Alfonso, cuando yo fui arrojado del trono de Andalucía, ¿quién volvió á ponerme en él?

—Recuerda que yo te ayudé.

—Al-Mamun era muy fuerte; solo la buena astúcia de mi hija pudo vencerle.

—Si yo hubiera ayudado á Al-Mamun, tú no hubieras recobrado tu trono.

—Tú no ayudaste á Al-Mamun porque amabas á Sayda-Llemal; porque creías, y lo crees aun, que el que sea esposo de Sayda-Llemal, será señor de Toledo.

—Si yo volviera mis armas contra tí, te vencería á pesar de la influencia de tu hija.

—Eres olvidadizo, Alfonso: ¿á quién debes el estar todavía sitiando á Toledo?

—Al valor de mis ejércitos.

—Acuérdate: una noche te dió un rebato el rey de Toledo antecesor de Adofar: el rey Sidi-Ismaíl Al-Kadir: el cerco habia sido roto por los de Toledo: tus soldados combatian en todas partes sin adelantar un palmo de terreno: tus campos estaban incendiados: el rey de Valencia Abu-Bekar venia en socorro de Toledo: estaba ya próximo; y si hubiera llegado, hubieras sido vencido: ¿quién destrozó al emir de Valencia? Sayda-Llemal al frente de mis ginetes andaluces: ¿quién sin tomar descanso encerró en Toledo destrozados á los de Sidi-Ismaíl Al-Kadir? Sayda-Llemal: ¿quién te dió oro para acallar á tu ejército descontento por falta de pagas? Sayda-Llemal: ¿quién te dará el reino de Toledo, como me ha dado á mí la corona de Andalucía? Sayda-Llemal, no lo dudes. Con ella vive un genio poderoso que la protege, y yo al reconocer la supremacia de Sayda-Llemal, reconozco la supremacia de ese genio: yo al doblegar mi voluntad ante la voluntad de Sayda-Llemal, me doblego al destino.—Quiero ir á Toledo, me dijo un dia: allí está el amado de mi alma: quiero verle.—Y yo, cumpliendo la voluntad de

mi hija, la envié sin temor á la córte de mi enemigo Al-Mamun. —Soy cristiana, me dijo un dia Sayda-Llemal, y me extremeceí, pero callé.—Huyamos á buscar amparo en los reinos de Galicia, me dijo, cuando Juzef el almoravid inundó mis Andalucías.—Y huí con ella.—Déjame vivir encubierta en los reinos de Alfonso.—Y vivió.—Ve á reconquistar tu reino.—Y fui y le reconquisté, y ví el cadáver sangriento de Ismail Dzin-Nunc Al-Mamun, mi eterno enemigo.—Vamos en ayuda de Alfonso.—Y vinimos.—Hoy quiere permanecer oculta, y oculta permanecerá. Yo no puedo engañarte, Alfonso, porque te debo una buena voluntad y mejores obras; pero te ruego que no contraríes la voluntad de mi hija, porque nada conseguirías, y ella hará mejor que nosotros lo que á todos conviene.—Guarda secreto, y que no tenga yo que arrepentirme de haber sido amigo y leal contigo.

—¿Pero qué se propone Sayda-Llemal?

—Lo ignoro.

—Es extraña su conducta.

—Convendrá que sea así.

—Me impaciente, Aben-Abed.

—No me impaciente yo menos, Alfonso.

—Si esto dura mucho, no respondo de mí.

—Quédate, pues, con Dios.

—Dios vaya contigo, y tu prudencia, hermano.

Alfonso VI se volvió á su campamento.

## VI.

Busquemos á Sayda-Llemal.

La encontraremos en el palacio de Galiana, encerrada en un retrete con Zayda-Sobeydah.

Aquel retrete era magnífico.

A un lado habia algunas piezas de tela de brocado, medio estendidas, sedas, y botes de oro y plata con perfumes.

Pero aquello estaba absolutamente desatendido por las dos sultanas.

Aquello era lo que habia servido de pretexto y de medio á Sayda-Llemal para llegar hasta allí.

Habia entrado Sayda-Llemal en aquel retrete acompañada de Darhaja, y no habia querido romper su incógnita delante de testigos.

Permaneció encubierta, extendiendo en silencio las telas delante de Zayda-Sobeydah, y con la humildad de una esclava.

Zayda-Sobeydah que tenia el corazon lleno de Alfonso VI, y que queria aquellas telas para parecer más hermosa á sus ojos, estaba contenta cuanto podia estarlo: aquellas telas eran magníficas: una sultana querida del kalifa de Oriente, no hubiera podido vestirlas mejores.

Zayda-Sobeydah preguntó el precio á Sayda-Llemal.

Sayda-Llemal habia previsto que Zayda-Sobeydah la recibiria acompañada, y contando con la precisa pregunta del precio de las mercancías, se habia provisto de un pergamino en que habia escritas unas palabras.

—Para que veas, sultana, que no te engaño, dijo Sayda-Llemal, aquí traigo escritos por mi señor los precios de lo que he traído.

Y dió el pergamino á Zayda-Sobeydah.

Pero en aquel pergamino no habia escrito precio alguno.

Solo se leian estas palabras:

«Si quieres saber lo que ha sido de tu hijo el infante Ismail, quédate sola conmigo: yo vengo á darte tu hijo.»

Zayda-Sobeydah palideció, tembló, y se apresuró á mandar á Darhaja que saliese.

La jóven obedeció aunque con extrañeza.

Pero lo mandaba su señora: la obediencia á sus superiores es para los musulmanes un precepto á que jamás faltan, y Darhaja obedeció.

—No basta que esa mujer haya salido, dijo Sayda-Llemal: es necesario tambien que yo esté segura de que no puede escucharnos: lo que tengo que decirte es muy grave.

—Habla sin temor: un esclavo mio jamás se atreveria á escuchar una sola de tus palabras.

—No hablaré mientras no me asegure por mí misma de que nadie nos escucha, dijo Sayda-Llemal: ve y cierra las puertas de las habitaciones contiguas á esta.

Zayda-Sobeydah, dominada por la terrible impresion que habia causado en ella la promesa de darla noticia de su hijo, salió y cerró las puertas de las habitaciones inmediatas.

Sayda-Llemal, despues de que Zayda-Sobeydah dió vuelta al retrete, salió y vió por sí misma que estaba encerrada y aislada con su rival.

Entonces se desenvolvió de su haiké con una precipitacion febril, y quedó completamente vestida con un magnifico traje de reina castellana.

Con el mismo traje que habia vestido el dia en que salió á recibirla con su padre, el rey Alfonso con Inés de Poitiers, y las infantas sus hermanas.

Solo le faltaba la corona real.

Sayda-Llemal iba allí por ella.

Al verla Zayda-Sobeydah, retrocedió espantada.

—¡La hija del rey de Sevilla! exclamó con voz apenas perceptible.

—¡Sí, yo soy! dijo Sayda-Llemal: veo que no me has olvidado.

—¡Tú eras la esclava de un mercader!

—¿Y cómo llegar hasta tí? Alfonso te guarda con sumo cuidado, temeroso de que te roben como robaron á tu hijo.

—¡Ah! ¡quizá fuiste tú!

—Sí, yo fui... mejor dicho: fueron hombres enviados por mí.

—¿Y qué mal te he hecho yo, para que así me hayas maltratado?

—¿Qué mal? ¡Pues no amas á Alfonso! ¡no le has dado un hijo! ¡no te ama él!

—¡Ah! ¿y por qué no me mataste en vez de robar á mi hijo?

—¿Y para qué queria yo tu sangre? ¿qué necesidad tengo yo de tu vida? ¿qué culpa tienes tú de que Alfonso te ame y de amarle? No: yo solo queria hacer imposible tu union con Alfonso, y te he robado á tu hijo: porque tú, Zayda-Sobeydah, como todas las madres, amarás á tu hijo sobre todas las cosas: porque tú no querrás vivir sin volverle á ver, sin saber si ha muerto ó si vive.

—¡Ah! ¡no! ¡pero has sido torpe, muy torpe! has venido aquí á sincerarte conmigo, y yo puedo con mis gentes apoderarme

de tí: tenerte presa hasta que me devuelvas á mi hijo.

—Si yo tardo solas dos horas en volver al lugar de donde he venido, parte un ginete para el lugar donde está tu hijo con la orden de matarle.

Zayda-Sobeydah dió un grito de angustia y de terror.

Sayda-Llemal habia pronunciado aquellas palabras de una manera horrible.

—¡Ah! ¡no! ¡no! dijo Zayda-Sobeydah: nada temas: nadie vendrá: no llamaré á nadie: tú saldrás de aquí libre como has venido. Pero dime, dime que puedo poseer á mi hijo.

—Renuncia á Alfonso VI.

—¡Pero yo le amo! ¡es mi vida! ¡es el padre de mi hijo! exclamó Zayda-Sobeydah juntando las manos.

—Yo le amo tambien, dijo Sayda-Llemal.

—Pero Alfonso me ama.

—Tambien me ama á mí.

—¡A las dos!

—Sí, á las dos, y yo quiero que te olvide.

—¡Ah! ¡no, Sayda-Llemal! ¡no! ¡tú no puedes hacer que él me olvide!

—Lo harán la ausencia y tu desprecio.

—Es que yo no quiero separarme de él: es que yo no puedo despreciarle: yo creia que él era el que me habia robado mi hijo, el que no queria devolvérmele, y le maldije: pero tú me dices que eres la robadora del hijo de mi alma, y mi corazon ha vuelto á abrazarse en su amor: sí, yo le amo con toda mi alma: le amo tanto que por su amor soy cristiana.

—Cristiana soy yo por él desde antes de conocerte.

—Yo lo he sacrificado todo por él.

—Yo por él soy capaz de todo.

—¡No! ¡no! mil veces no: yo no renuncio á mi esposo.

—¡Tu esposo! gritó trémula de cólera y de celos Sayda-Llemal: ¡tu esposo porque has sido impura!

—¿Y tú? ¡tú! ¿quién sabe lo que eres tú? dijo con un agrisimo desprecio Zayda-Sobeydah.

—El primer rayo del sol de la mañana, es menos puro que yo, dijo Sayda-Llemal con altivez.

Zayda-Sobeydah no inclinó la cabeza.

—Yo fui víctima de una traicion: yo fui madre contra mi voluntad: un filtro maldito me habia embriagado: despues lo he sacrificado todo por su hijo.

—¿Y por qué te detienes ante el sacrificio de tu amor?

—Escucha, Sayda-Llemal, dijo la desdichada sobrina de Al-Mamun: tú eres hermosa, más hermosa que yo... sí, mucho más hermosa; tú no estás obligada á unirte con Alfonso, más que por tu amor: pero yo lo estoy además por el amor de mi hijo; tienes familia, padres, hermanos: yo no tengo á nadie, estoy sola en el mundo: tú eres hija de un sultan poderoso... y me han dicho que el sultan de Marruecos está enamorado de tí: que declaró la guerra á tu padre y le arrojó de su reino porque le negó tu mano: tu sacrificio no es tan grande como el que me exiges: rey por rey, el sultan de Marruecos es más poderoso que Alfonso VI: además, mira: yo tengo grandes tesoros, que están aqui: los tesoros de mi buen tio Al-Mamun: yo te los daré... pero cuando me hayas devuelto mi hijo.

—¡Ah! ¿tú crees, dijo Sayda-Llemal, con la voz trémula de indignacion, que es la vanidad y la codicia lo que me impulsa á hacer lo que hago? ¿que me debe ser indiferente unirme con Alfonso ó con Juzef-Abu-Taxfin? ¿que yo vendiera mi amor por dinero? Te has engañado: el amor de Alfonso es todo lo que deseo, todo lo que espero, todo lo que adoro, y si dejara de ser rey, si empobreciéramos aún hasta el punto de tener que vivir del trabajo de los siervos, yo te hablaria del mismo modo: tu hijo por mi Alfonso.

—Pero si Alfonso te ama, ¿por qué no se une á tí, poderosa y rica?

—¿Ignoras que Alfonso VI me ha pedido por esposa á mi padre?

—¡Cuándo! exclamó alentando apenas Zayda-Sobeydah.

—Apenas divorciado de Inés de Poitiers.

—¡Mientes! te hubieras apresurado á aceptar: serias ya su esposa.

—No quiero tener celos cuando mi esposo tarde más de lo justo: no quiero tener la certeza de que hay una mujer á quien

ama cerca de él, con la cual parte mi amor: le quiero todo entero.

—Si él se uniera á tí, yo le despreciaría.

—Unido estaba á Inés de Poitiers, y tú le recibías en la torre del alcázar de Toledo.

Por segunda vez Zayda-Sobeydah bajó la frente cubierta de rubor.

—¡Por mi hijo! exclamó Zayda-Sobeydah con voz balbuciente.

—¡Por tu impureza! replicó la implacable Sayda-Llemal.

—¡Y no era mejor matarme! exclamó postrándose en el suelo desesperada, y rompiendo á llorar Zayda-Sobeydah.

—¡Matarte! no, no quiero que entre Alfonso y yo crucen sombras sangrientas.

—Cruzarán un corazón ensangrentado, la sombra de una infeliz muriendo en un destierro inmerecido: la agonía de un alma desesperada... ó tú no tendrás corazón... ó serás una infame.

Y aquella vez Sayda-Llemal tembló.

Hé aquí á lo que daba lugar la intemperancia en amores de Alfonso VI.

No había podido hacer feliz á ninguna de las mujeres que había amado.

## VII.

Hubo un momento de terrible silencio entre las dos sultanas.

—Esto es demasiado doloroso, dijo Sayda-Llemal, y por lo mismo, Sobeydah, es necesario que concluyamos.

—Pues bien, devuélveme á mi hijo, y luego que venza la que más pueda en el corazón de Alfonso.

—Alfonso será siempre mi esposo: lo sería ya si yo hubiese querido. Pero yo quiero á Alfonso todo entero para mí: no quiero que cerca de él, que cerca de mí haya una mujer á quien yo sé que ama... no sé cómo... pero á quien la ama en fin. Inés de Poitiers está ya en los estados de su padre, y si tú no quieres perder á tu hijo, estarás pronto muy lejos de aquí.

—Yo llamaré al rey, me ampararé de él: Alfonso es poderoso.

—Alfonso nada puede contra mí.

—Yo no renuncio á él.

—Renunciarás á tu hijo.

—¡Renunciar yo á mi hijo! ¡no volverle á ver más!

—Elige entre tu hijo y Alfonso.

—Es que yo no puedo elegir.

—Es fuerza que elijas: si antes de tres dias no estás lejos de Alfonso...

—¡Matarás á mi hijo!

—No: le enviaré á Africa, cuidaré de él; pero él jamás sabrá que tú eres su madre, ni tú sabrás lo que ha sido de tu hijo.

—¡Maldita seas tú! exclamó Zayda-Sobeydah desesperada. ¡Tú, que así desgarras el corazon de una pobre madre! ¡tú, que así aumentas la desgracia de una desdichada mujer! ¡Maldita seas, y Dios no te conceda paz en tu amor, ni te dé hijos de Alfonso, y te desprecie él, y si tuvieres hijos, que sean tan desgraciados como tú haces desgraciado al hijo de mis entrañas!

Sayda-Llemal contestó con una sonrisa de desden á la maldicion de Zayda-Sobeydah.

Pero en la sonrisa de Sayda-Llemal habia algo de doloroso, algo de terrible, algo que parecia el resultado de un terror vago por la maldicion de Zayda-Sobeydah.

—Concluyamos: tardo ya y me esperan, dijo Sayda-Llemal: ¿partirás á unirte con tu hijo?

Zayda-Sobeydah miró de una manera completamente desesperada á Sayda-Llemal.

Vió en el semblante, en la mirada de esta, una resolucion decidida.

Comprendió que no podia luchar, y dijo:

—Partiré: pero ¿con qué condiciones?

—Te llevarás contigo tus tesoros: yo no quiero nada tuyo.

—Me importan poco esos tesoros, dijo Zayda-Sobeydah, que hablaba ya con la tranquilidad de la desesperacion, y que estaba pálida como una muerta.

—Tienes un hijo, dijo Sayda-Llemal, á quien podrás educar como á un príncipe con esos tesoros.

—Es verdad, dijo Zayda-Sobeydah.

—Vivirás en uno de los alcázares de mi padre, respetada y

servida segun tu clase, y como si fueras una sultana de mi familia.

—¡Oh! gracias! ¡pero estaré presa!

—Presa... no... solo que irás siempre acompañada de servidores míos.

—Bien: ¿y no podré nunca salir de ese alcázar?

—Sí: si prefieres vivir en Marruecos, en Fez, ó en Damasco: cuanto más lejos mejor.

—Iré á Siria, á Jerusalem, á vivir con mi hijo junto al sepulcro de Cristo: allí oraré por Dios y por él, para que el Señor os perdone á los dos.

—¡Y me has maldecido!

—¡Oh! la desesperacion ciega: pero las maldiciones, Sayda-Llemal, caen tambien sobre quien las pronuncia.

—¡Oh! ¡muy cristiana eres! dijo dolorosamente Sayda-Llemal.

—Por poder ser suya ansié ser cristiana: despues, la luz divina ha iluminado mi razon, y al resplandor de esa luz ha brotado en mi alma la fé.

Sayda-Llemal calló: las palabras de Zayda-Sobeydah eran sinceras, y envuelto en ellas se aspiraba un perfume de dolor, de resignacion, de infortunio, aceptado y sufrido con el valor de la virtud.

Sayda-Llemal se sentia humillada.

Su corazon era grande y bueno: le dominaba, le arrastraba el amor de Alfonso VI, y por aquel amor, como ella misma lo habia dicho á Zayda-Sobeydah, hubiera sido capaz de todo.

Pero aquella situacion era demasiado dolorosa para que Sayda-Llemal no se apresurase á terminarla.

—Comprendo todo el horror de lo que hago, dijo: pero no puedo hacer otra cosa: pluguiera á Dios que tú pudieras ser feliz sin que tu felicidad causara mi desgracia: que estuvieran en mi mano tu paz, tu amor y tu alegría, aún á costa de un gran sacrificio... de un sacrificio que no fuera renunciar á Alfonso: pero te lo confieso, á la sola idea de perderle, mi corazon se angustia, y mi pensamiento imagina cosas horribles: partirás.

—Partiré... cuando quieras: hoy mismo.

—Hoy mismo no: es necesario que veas á Alfonso.

—¡Verle!

—Sí: es necesario que le irrites, que le desprecies.

—¡Yo! ¡despreciarle yo! ¡no podré!... ¡si yo no le desprecio! ¡si yo le amo! ¡si yo le amaré siempre!

—Es necesario que él crea que le desprecias.

—Pero ¿por qué exigirme tanto, cuando hay un medio mejor?...

—¿Cuál?

—Mátame.

—No: yo no quiero sangre... yo no necesito tu sangre.

—Pues bien: partiré sir ver á Alfonso.

—En ese caso... estamos como al principio... y tu hijo...

—¡Ah, no! ¡tiemblo! ¡tu mirada es á cada momento más sombría! ¡tu voz me suena á muerto! ¡sí, sí! ¡veré á Alfonso, le despreciaré, le irritaré!

—Exígele que te deje partir.

—Lo exigiré.

—Yo te esperaré fuera del campamento con gente mia, que guardarán tus tesoros.

—¿Y qué importan mis tesoros?

—Son el porvenir de tu hijo.

—Le quisiera mejor pobre y con padre.

—El destino no lo quiere: pero concluyamos: ¿puedo tener seguridad de que harás todo lo que te he dicho?

—¡Oh! ¡sí! ¡mi hijo! ¡por mi hijo!

—Vé y abre todas las puertas para que yo pueda salir.

—¿Y esas telas?

—¿Qué importa un poco de oro cuando se trata del corazón?

Zayda-Sobeydah salió para abrir las puertas.

Entretanto Sayda-Llemal se envolvió completamente en su haike rayado, sin dejar descubiertos más que sus ojos.

—Adios, dijo á Zayda-Sobeydah que habia vuelto á entrar: cuando estés resuelta á partir, avísame con un esclavo: yo vivo en la tienda del mercader andaluz, en el campamento de Aben-Abed: que el esclavo que vaya á avisarme, lo haga entregando al mercader esta sortija.

Y dió una riquísima á Zayda-Sobeydah.

—Irán... pronto.

—Que nadie pueda adivinar lo que ha sucedido entre las dos.

—Estoy tan acostumbrada á disimular mi sufrimiento, que no me será difícil ocultarlo por la última vez.

—Adios, dijo Sayda-Llemal.

—Adios; y que él te perdone, respondió Zayda-Sobeydah.

Sayda-Llemal salió.

Estaba ya fuera del palacio y aun zumbaba terrible en sus oídos el perdón de Zayda-Sobeydah.

Esta quedó sola y durante tiempo permaneció inmóvil, yerta como una estatua.

Al fin volvió en sí; hizo un penoso esfuerzo, compuso su semblante, y se miró en un gigantesco espejo de plata.

—Sí, sí, así, dijo contemplándose, estoy como siempre: Darhaja no podrá adivinar por mi semblante lo que ha pasado entre esa mujer y yo: es necesario que nadie sospeche nada: Sayda-Llemal sería capaz hasta de matar á mi hijo, y yo, su madre, debo sacrificarlo todo por él: seré infeliz, pero entre mi desdicha y la felicidad de Sayda-Llemal, prefiero mi desdicha: quiero mejor ser víctima que verdugo.

Y llamó.

Al llamamiento de la sultana acudió Darhaja.

—¡Oh! ¿habéis comprado todas esas hermosas telas? dijo.

—Sí.

—¿Os habrán costado muy caras?

—Sí, Darhaja, sí; excesivamente caras.

—Por eso queria la esclava quedarse sola con vos, para engañaros: sois generosa y buena.

—Demasiado, Darhaja, demasiado generosa: oye: que mis esclavas se pongan á trabajar al momento: pasado mañana quiero tener un traje completo: quiero parecer hermosa al rey.

—Le tendreis, señora.

—Voy á reposar: que nadie interrumpa mi reposo, dijo Zayda-Sobeydah, yendo á un retrete inmediato, y encerrándose en él con su dolor.

Darhaja recogió aquellos brocados, aquellas sedas, aquellos perfumes, y salió tambien de la cámara.

## CAPITULO XIV.

En que se sabe el resultado que tuvo la intriga amorosa de Sayda-Llemal.

## I.

La noticia de que Sayda-Llemal estaba en el campamento, modificó gravemente la disposición de ánimo en que Alfonso VI se encontraba respecto á Zayda-Sobeydah.

Obligado á elegir entre una de las dos, Alfonso VI hubiera elegido siempre á Sayda-Llemal.

Porque era su primer amor.

Porque era un empeño no vencido.

Porque era una novedad.

Porque era hija de un rey poderoso.

Porque sus vasallos, y el primero el Cid, no tenían inconveniente alguno en que se casase con la hija de Aben-Abed.

Porque, en fin, el recuerdo de Sayda-Llemal le embriagaba.

Es verdad que tenia un hijo de Zayda-Sobeydah.

Pero ¿qué importaba?

Su abuelo, el rey don Sancho el Mayor, y su padre el rey don Fernando el Grande, habian tenido hijos bastardos.

Sayda-Llemal, por lo mismo que aun no la habia obtenido, le parecia más hermosa, y como princesa le convenia más que Zayda-Sobeydah, que por este concepto no le convenia nada.

Es verdad que Zayda-Sobeydah era dueña de grandes tesoros.

Pero Sayda-Llemal era también extraordinariamente rica.

Empezaba á hacerse pesada á Alfonso VI la infeliz Zayda-Sobeydah.

Sin embargo, tenia una cita anterior con ella, y cuando recibió aviso de que estaba dispuesta á recibirle, Alfonso VI se trasladó una noche al alcázar de Galiana.

## II.

Sin pensar en ello, y aun pudiéramos decir que sin intención, sin saber por qué, Alfonso VI se engalanó para ir á ver á Zayda-Sobeydah.

Iba verdaderamente hermoso.

Pero se encontró á Zayda-Sobeydah más engalanada que él, ricamente engalanada, y resplandeciente más que las joyas, su hermosura.

Al verla Alfonso VI, se olvidó de su propósito, de lo que le convenia, de todo.

Ardieron sus ojos y palidieron sus megillas.

Pero encontró en Zayda-Sobeydah, un semblante sério, ceñudo, sombrío, y una mirada glacial.

La pobre madre, se violentaba, se sacrificaba por su hijo, se ensangrentaba las manos en su corazón.

Porque veia á Alfonso VI por la última vez, y cuando iba á perderle, Alfonso VI le parecia más hermoso y más digno de ser amado que nunca.

Alfonso VI que adelantaba confiado hácia Zayda-Sobeydah, al ver su frío recibimiento, se detuvo, y su semblante se nubló.

Le irritaba el aspecto de Zayda-Sobeydah.

—Te he llamado, Alfonso, dijo la sultana con acento firme y seco, para suplicarte que me perdones si te he acusado del robo de mi hijo: mi hijo ha parecido.

—Nuestro hijo, querrás decir.

—He dicho y digo mi hijo no tiene padre... va á tenerle.

—¿Qué dices?

—Va á ser su padre quien me lo ha robado.

—¡Quien te lo ha robado!

- Sí: un príncipe de los Abassidas.
- ¡Un príncipe de Oriente!
- Sí.
- ¿Te ama?
- Sí, y me hace su esposa.
- ¡Sobeydah!
- Te he llamado para pedirte licencia de marchar.
- Pero ¿dónde te ha conocido ese príncipe?
- Hace cuatro años en la corte de mi tío el rey Al-Mamun.
- Eso es imposible: eso no puede ser: tú me amas, Sobeydah.
- Si te amara, no te confesaria que amo á Sidi-Yezid-Al-Abbas.
- Esta era una mentira de Zayda-Sobeydah.
- Tal príncipe no existia.
- Pero mentia Zayda-Sobeydah con tanto aplomo, para cumplir su promesa á Sayda-Llemal, que engañó á Alfonso VI.
- ¡Es decir que me desprecias!
- No te desprecio: procuro no ser despreciada.
- Yo te amo.
- Con un amor impuro y vergonzoso, cuyo recuerdo me humilla.
- Con un amor del alma.
- Tú no tienes alma para el amor.
- Mi amor te ha dado un hijo.
- Por mi hijo hago lo que voy á hacer: por mi hijo te digo lo que escuchas.
- Mi hijo me pertenece.
- No: pertenece á quien se sacrifica por él.
- Y quien se sacrifica por él, ¿es ese príncipe de Oriente?
- Sí: Sidi-Yezid, respondió con acento tranquilo Zayda-Sobeydah.
- ¿Dónde está ese hombre? dijo el rey pálido de coraje.
- En Oriente con mi hijo.
- Pues bien, tú no saldrás de aquí.
- Te engañas: pediré amparo al rey Aben-Abed.
- El nombre de Aben-Abed, pronunciado en aquel momento

por Zayda-Sobeydah inspiró no sabemos qué idea en Alfonso VI.

—Tú me engañas, Sobeydah, la dijo: tú me amas: tú no puedes amar á otro ¿no es verdad?

La sultana palideció y tembló.

Pero se rehizo y exclamó, acordándose siempre de su hijo y de la amenaza de Sayda Llemal.

—¡Yo te desprecio! dijo con voz agresiva.

Insulto tal no lo sufría bien Alfonso VI ni de boca de una mujer á quien adorase.

Se puso mortalmente pálido, y como en las ocasiones solemnes, se le encrespó la rubia cabellera.

—¡Que me desprecias! dijo.

Y sus ojos flameaban y se inyectaban de sangre.

—Mátame en buen hora: solo enmudeciendo mi lengua, podrás evitar que te diga la verdad.

—¡Corre por tus venas la vil sangre de Agar! dijo con desprecio Alfonso VI, transportado de ira.

Zayda-Sobeydah dió un grito de dolor.

Alfonso VI envuelto por la ira, no comprendió que aquel grito era como una nueva provocacion.

—¡Ah! ¡ah! dijo Alfonso VI, lanzando una carcajada insensata: ¡que me desprecias! ¡tú! ¡tú, la que me venciste con el filtro que me arrojó en tus brazos!

—¡Yo! exclamó Zaida-Sobeydah roja de vergüenza, ¡mientes como un villano! añadió impulsada por su dignidad, por su pudor.

Alfonso VI acabó de cegar.

Llevó la mano á su cintura, y su puñal brilló fuera de la vaina.

—¡Oh! ¡gracias á Dios que voy á morir y que voy á morir por tu mano! dijo Zayda-Sobeydah, adelantando hácia Alfonso VI y presentándole el pecho.

—¡Yo estoy loco! dijo el rey estremeciéndose y envainando su puñal: tú estás loca tambien: yo no comprendo lo que sucede aquí.

—¡Oh! en mal hora te conocí, Alfonso: pero aunque tarde, es una felicidad para mí el haberte conocido tal cuál eres: ya

no llevaré á mi destierro el recuerdo doloroso de un amor perdido: no: llevaré el frio recuerdo de un desengaño: me has librado de un gran peso, libertándome de tu amor: no amaba yo á una fiera indomable, á cuyas garras no puede tocarse sin que despedacen: no amaba yo á un leon bravo no solo para otros leones, sino tambien para los corderos indefensos y débiles: no amaba yo á un hombre que tiene más vanidad y más ira que amor, no: yo he soñado: durante ese sueño, una prenda de mi dolor se ha desprendido de mis entrañas: vivia para ella: no tenia amor más que para ella: ella no sabrá jamás el nombre de su padre.

Estas palabras de Zayda-Sobeydah, en vez de calmar la irritacion de Alfonso VI, la aumentaba.

No estaba él acostumbrado á oir estos desprecios.

Miraba á Zayda-Sobeydah como se mira al enemigo que nos provoca y al que no podemos acometer, porque está fuera de nuestro alcance.

Y aunque á su vez estaba fuera del alcance del rey Zayda-Sobeydah, porque Alfonso VI era demasiado valiente para acometer á una mujer.

Pero es necesario confesar, que se dejaba dominar demasiado por la ira, que durante ella lo olvidaba todo y rompía hasta por lo que le era querido, como dió más de una muestra durante su reinado.

Y Zayda-Sobeydah no menta.

Al verse maltratada por el rey, al ver el puñal del rey desnudo contra ella, pareció como que una mano poderosa la arrancaba del corazon el amor que tenia al rey.

Habia desconocido á Alfonso VI.

Se habia desconcertado.

Y al manifestarse así al rey, el desconcierto de Zayda-Sobeydah crecia, porque la cólera del rey iba en aumento.

—Ni una palabra más, dijo Zayda-Sobeydah: todo lo que digamos será inútil: todo ha concluido entre nosotros: no existimos el uno para el otro.

—¿Qué he venido yo á hacer aquí? dijo con una altivez indómita el rey.

—Has venido á matar un corazon, á demostrarme cuánto habia soñado y cuán en vano.

Y no pudiendo ya más, Zayda-Sobeydah se arrojó de rostro sobre el divan y rompió á llorar.

En el momento en que se deshizo en lágrimas la altivez de Zayda-Sobeydah, la cólera del rey se calmó.

En vez de un contrario fuerte, veia ante sí una mujer vencida.

Una mujer que lloraba.

Muy pronto desapareció hasta el último resto de su cólera y se acercó á Zayda-Sobeydah, la asió una mano que la sultana tenia abandonada y la atrajo á sí.

Zayda-Sobeydah retiró vivamente aquella mano, se alzó sobre el divan y miró de una manera profunda al rey.

De una manera terrible.

Sus lágrimas se habian secado, su palidez habia crecido.

Miraba altiva y serena al rey.

—¿Has creido que el amor me arrancaba del corazon lágrimas? exclamó: te has engañado, Alfonso: no, no he llorado de dolor, ni de celos: he llorado de vergüenza, de desesperacion, porque me veo afrentada, burlada por tí, y no puedo vengarme. Tú no eres el hombre á quien yo he amado, no: yo he dormido, yo he soñado, yo he estado loca. Pero aunque tarde he recobrado la razon, y al recobrarla me he encontrado en el fondo de un abismo de vergüenza. Nada puedo hacer contra tí: pero quiera Dios que un dia conozcas todo lo horrible que contra mí has hecho; que mi sombra pálida y desesperada te persiga siempre; que no encuentres alegría ni placer sobre la tierra que no sean turbados por mi recuerdo y por el recuerdo de tu hijo.

Y despues de estas palabras, dichas con el alma llena de vergüenza, conteniendo mal el llanto que se agolpaba á sus ojos, la infeliz Zayda-Sobeydah desapareció por una de las puertas de la cámara que cerró tras sí.

Alfonso VI se quedó solo, asombrado, dudando de si era verdad ó sueño lo que le acontecía.

Luego, con un movimiento brusco, con el semblante pálido y los ojos fieros, salió de la cámara.

Poco después montaba á caballo en la puerta del alcázar y se volvía á su campamento.

### III.

En la habitación donde al apartarse del rey había entrado Zayda-Sobeydah, encontró á Sayda-Llemal.

Esta se mostraba profundamente conmovida.

—¿Tú tienes aquí poder? dijo Zayda-Sobeydah con la voz trémula, y luchando con la terrible conmoción que la dominaba.

—Sí, dijo Sayda-Llemal.

—¿Puedes tú sacarme de aquí á despecho de ese hombre?

—Sí: mi padre acampa con ochenta mil hombres á un tiro de ballesta de este alcázar.

—Quiero salvar mis tesoros... por mi hijo.

—Los salvarás.

—¿Cuándo?

—Esta noche, dijo Sayda-Llemal: espérame por la parte del río.

—Te espero, pero ahora déjame sola: me estoy muriendo, necesito la sombra y el silencio.

—Adios, dijo Sayda-Llemal: esta noche partirás.

Y salió, y se volvió encubierta á la tienda de Abuleyas.

### IV.

Aquella noche dormía el rey su primer sueño, cuando le despertaron para decirle que el palacio de Galiana había sido asaltado y tomado á viva fuerza por gente que no se sabía quienes fueran, si árabes ó cristianos.

Alfonso VI montó á caballo y acudió al alcázar de Galiana.

Este en efecto había sido acometido por la parte del río.

Los soldados castellanos de la guardia del palacio habían sido sorprendidos por algunos centenares de hombres armados, envueltos en ropones pardos y con capuces pardos también, echados sobre la cabeza. Los guardas cristianos, aunque valientes, doblegados por la superioridad numérica de los enemigos, habían sido desarmados, y uno solo de ellos, que era el que,

dando un gran rodeo habia avisado al rey, se habia salvado por los jardines pasando el Tajo á nado.

Cuando el rey entró en el palacio era ya tarde.

Zayda-Sobeydah, su tesoro, su servidumbre, habian desaparecido. Nada de ella quedaba en el alcázar.

El rey se irritó. Ya otra vez, cuando fué robado el infante Ismail, el palacio de Galiana habia sido acometido.

¿Quién podia ser la causa de aquello? ¿Quién habia preparado y llevado á cabo aquellas invasiones nocturnas?

El rey no pensó ni un solo momento en Sayda-Llemal.

Para él era aquello un misterio que no podia descifrar.

En ninguna de las dos ocasiones los raptores habian dejado tras sí vestigio ni señal alguna por la que se pudiera venir en conocimiento de quiénes fueran.

El rey mandó explorar todos los caminos alrededor de Toledo, y envió un mensaje al rey Aben-Abed, para que averiguase si habia sido gente de su ejército la que habia efectuado la sorpresa del palacio de Galiana.

Al mismo tiempo mandó preguntar á los caudillos de todo sus campamentos, si de alguno de ellos habian faltado aquella noche soldados.

El rey de Andalucía respondió que nada sabia, ni habia podido averiguar nada acerca de lo que se le preguntaba.

Los capitanes del rey declararon que no habia faltado ni un solo soldado de sus tiendas.

Los que habian ido á explorar volvieron á la mañana siguiente, y dijeron que nada habian encontrado á pesar de que se habian alejado hasta una gran distancia.

Alfonso VI se vió precisado á tener paciencia.

Zayda-Sobeydah era el segundo de sus tres amores que se le perdia.

Solo quedaba, pues, Sayda-Llemal.

A los pocos dias de estos sucesos, el amor de Alfonso VI se concretaba todo entero, en su última esperanza de amores.

En Isabel Aben-Abed.

El rey tenia miedo de que aquel su último sueño de amor se desvaneciese tambien.

## II

## CAPITULO XV.

En que se termina esta historia con el casamiento del rey don Alfonso con doña Isabel Aben-Abed, y en que se dice cómo se tomó á Toledo.

## I.

Pocos dias despues de haber desaparecido Zayda-Sobeydah, desapareció del campamento del sultan de Andalucia la tienda del mercader de Córdoba.

Alfonso VI se encontró con que Sayda-Llemal habia tambien desaparecido.

Pero en cambio habia recibido un nuevo y cuantioso empréstito de Aben-Abed, ó lo que era lo mismo; de Sayda-Llemal, con el que pudo tener pagadas á sus tropas y apretar más y más el cerco de Toledo.

Pero Toledo, aunque ruda y continuamente combatido, persistia en su obstinada resistencia, y las acometidas de Alfonso VI se estrellaban contra los muros de la ciudad.

El rey se afirmó más y más en la creencia de que no tomaria á Toledo, sino cuando fuese esposo de Sayda-Llemal, y pidió de nuevo á Aben-Abed, y de una manera decidida, la mano de su hija.

## II.

—Y bien, le dijo el rey árabe: no me parece conveniente que el casamiento se celebre entre el ejército, á la vista de Toledo, en campaña: vete á Búrgos y espera allí á Sayda-Llemal.

—¿Es decir que ha llegado el momento de que tu hija se deje ver?

—Sí: mi hija está en Andalucía: da parte á tus magnates de tu casamiento; y mientras todo esto se hace, Sayda-Llemal habrá tenido tiempo para llegar á Búrgos.

## III.

Quince dias despues Alfonso VI marchaba con un lucido acompañamiento á la antigua corte de Castilla.

El Cid se habia quedado mandando el ejército sitiador al frente de Toledo.

Cuando el rey llegó á Búrgos, mandó que el obispo de esta ciudad con otros prelados y caballeros y un lucidísimo acompañamiento, fuesen á la frontera de Andalucía á recibir á su esposa la infanta doña Isabel Aben-Abed.

Los del consejo y cámara del rey y los capitanes de las villas y ciudades de voto en córtes, habian recibido bien la noticia que el rey les habia dado de su próximo casamiento, y ya Alfonso VI tenia pocos dias que esperar para poderse llamar dueño de aquella magnífica hermosura que tanto le habia enamorado, que tanto le habia desesperado.

Para Alfonso VI era indudable que apenas se casase con Sayda-Llemal, se le rendiria Toledo.

Lo que era vencer dos dificultades á un tiempo.

Fuerza es confesar que por aquellos dias Alfonso VI no se acordaba ni de Inés de Poitiers, ni de Zayda-Sobeydah, ni de su hijo Ismail.

Su pensamiento, su alma entera eran para Sayda-Llemal y para Toledo.

## IV.

Sayda-Llernal estaba entretanto en Córdoba.

En aquella ciudad, en el magnífico alcázar de la Axarquía, había otra mujer, triste, enferma, con el alma muerta, cuyo solo pensamiento era un recuerdo de dolor para sus sueños desvanecidos y el amor de su hijo.

Aquella mujer era la sultana Zayda-Sobeydah.

Sayda-Llernal cuidaba de ella con la solicitud de una hermana.

Había acabado por afectarla tanta desgracia.

Pero no le había conmovido esta desgracia hasta el punto de renunciar por ella á Alfonso VI.

Por Alfonso VI Sayda-Llernal hubiera destruido si le hubiera sido posible y necesario á todo un reino.

Pero la desgracia de Zayda-Sobeydah y la locura de Inés de Poitiers, eran ya para Sayda-Llernal un remordimiento insoportable.

Un día Zayda-Sobeydah la dijo:

—Me encuentro mal en este alcázar: necesito más soledad, menos ruido, menos riqueza: no quiero estar en España: sus aires me matan: estoy demasiado cerca de ese hombre, y yo quiero poner el mar entre ese hombre y yo: me iré á Africa: con mis tesoros fundaré una ciudad, y en ella educaré á mi hijo que jamás sabrá quién fué su padre: véndeme una nave y dame gente fiel que me acompañe.

Sayda-Llernal se alegró de la determinacion de Zayda-Sobeydah, porque por distante que estuviera de Alfonso VI siempre la creía demasiado cerca de él, y habiéndolo dispuesto todo, acompañó á Zayda-Sobeydah hasta Tarifa.

Allí la desdichada, entró en una gran fusta, con sus tesoros y con su hijo, y con una carta de Sayda-Llernal para el sultan de Marruecos.

En ella le decía:

«Si no puedo ser tu esposa, puedo ser tu amiga: procura que yo no me arrepienta de estimarte obrando como rey gene-

roso y noble, con la hermana que te envío: tú la conoces: es sobrina del difunto rey de Toledo Al-Mamun. Ella quiere fundar una ciudad en tu imperio: mírala como si fuese una princesa de tu familia, y por esto solo, cuenta siempre con la amistad de Sayda-Llemal.»

## V.

Al separarse las dos sultanas en la rivera del mar, Zayda-Sobeydah dijo á Sayda-Llemal:

—Me has hecho mucho mal, pero te perdono: Dios quiera que tú seas más feliz con él que lo que lo he sido yo.

Sayda-Llemal se conmovió.

—Hago solo lo que puedo hacer, dijo, Dios lo sabe.

Zayda-Sobeydah se embarcó, y en el mismo momento la fusta con las velas hinchadas y la proa vuelta al Africa cercana, hendió las ondas del Estrecho.

Sayda-Llemal estuvo de pié, inmóvil en la rivera, hasta que se perdió la fusta entre las ondas y las neblinas de la tarde.

Despues y sin descansar, tomó de nuevo el camino de Córdoba.

## VI.

Cuando llegó á Medina Azarah, encontró la siguiente lacónica carta de su padre:

«Ven al momento: poco despues que hayas llegado á Burgos, donde el rey cristiano te espera, serás su esposa.»

## VII.

Sayda-Llemal llamó á Kaid-Abuleyas.

—Parte al momento, dijo: ve al cerco de Toledo, y en cuanto llegares obra segun te he dicho: lleva contigo todo el dinero necesario, y da parte de mi empresa al sultan.

Kaid-Abuleyas partió aquel mismo dia para Toledo.

Sayda-Llemal partió al dia siguiente, y caminando dia y no-

che, llegó á la frontera donde ya la esperaban el obispo de Búrgos y los prelados y caballeros que habia enviado para recibirla el rey.

Reconociéronla allí como reina, la rindieron pleito-homenaje, y desde allí se encaminaron con ella á Búrgos.

### VIII.

Diez dias despues, Búrgos ardia en fiestas.

Se habia hecho el casamiento del noble rey don Alfonso con la hermosísima infanta doña Isabel Aben-Abed.

Los walíes árabes que habian acompañado á la reina, habian justado con los caballeros del rey; se habian corrido toros y cañas, y todo aquello habia sido magnífico; tan magnífico que el autor no se atrevé á meterse en una descripcion de aquellos portentosos festejos.

Baste decir que los buenos burgaleses estaban locos de alegría.

Habia habido pan y vino y limosnas abundantes para los más pobres, espectáculos gratis, y mercedes para los que no eran pobres.

Sayda-Llemal estaba resplandeciente de hermosura y de alegría.

Habia llegado á su sueño.

Era ya la esposa de Alfonso VI.

### IX.

Pero Alfonso VI no estaba alegre.

Cuando los festejos se acababan, cuando el rey y la reina quedaban solos, Sayda-Llemal decia á Alfonso VI, como le dijo la primera noche de sus bodas:

—Buenas noches, Alfonso, hasta mañana.

Y se metia en su cámara cerrando la puerta.

Alfonso VI no habia vencido aún completamente el imposible.

Cuando se quejaba por ello á Sayda-Llemal desesperado, la

reina le decía, embriagándose con la mirada de sus negros ojos: —Yo te adoro: por tí he luchado, por tí he combatido. Pero antes de que yo sea tuya, es necesario que sea nuestro Toledo.

—¿Y si Toledo se defiende?...

—Toledo ha sido vencido al ser yo tu esposa.

—Solo nos une la bendición de Dios.

—En el alcázar de Toledo nos unirá el amor.

Y no había quien sacara de aquí á Sayda-Llemal.

El rey cedia y se desesperaba porque Sayda-Llemal le dominaba.

Y corrían los días.

## X.

Llegó por fin el día 20 del mes de mayo.

Era aún de noche cuando entró en Búrgos un capitán castellano con una carta del Cid para el rey.

Aquella carta decía:

«Al rey su señor, don Rodrigo Diaz de Vivar, alférez mayor de Castilla:—Señor, Toledo es vuestro; el rey Adofar me ha hecho proposiciones de entrega: yo no he hecho nada: venid al momento vos.»

Apenas el rey leyó esta carta, se fué á la puerta de la cámara de la reina y llamó á grandes golpes:

—¡Despierta, Isabel, despierta! la dijo:

La puerta se abrió y apareció la reina completamente vestida.

—Toledo es nuestro ¿no es verdad? dijo antes de que la hablara el rey: ya lo sabía: te le he conquistado yo.

—¿Que lo sabías? dijo el rey con extrañeza.

—Sí, mira.

Y entregó al rey un pergamino.

Aquel pergamino estaba escrito por Kaid-Abuleyas.

Veamos lo que decía el pergamino.

## XI.

«La alabanza á Dios.

El walí Kaid-Abuleyas, á su señora, la poderosa sultana

Sayda-Llemal, hija del poderoso é invencible sultan Sidy-Mohammed-Aben-Abed, señor de Andalucía, reina de Galicia.

Salud y felicidad.

Sabrás, noble señora, cómo hemos entrado en Toledo, para ayudar á nuestros amigos.

La noche ha sido triste y sangrienta, pero al fin la fuerza ha obligado al rey Adofar á rendirse á tu noble y bravo esposo, con su ciudad y reino de Toledo.

Ven cuanto antes, reina, con el noble rey don Alfonso.

El alcázar de Toledo está ya preparado por nosotros para recibirlos.

De este alcázar dia quince de la luna de muharram año cuatrocientos setenta y ocho (1).

## XII.

Antes de seguir adelante, expliquemos la carta de Abuleyas.

Sepamos cómo y por qué se vió obligado el rey Adofar á rendirse á Alfonso VI.

La misma noche en que se celebraba en Búrgos el casamiento de don Alfonso y de doña Isabel, se notó un movimiento sordo en el campamento del rey Aben-Abed sobre Toledo.

Taifas enteras de ginetes, pero á pié, escogidos entre la gente más dura del ejército árabe, se formaron vestidas con el traje comun de los árabes, y sin otras armas que el yatagan y la gumia unos, otros una pica corta, otros en fin, arco y flecha.

El número de estos hombres llegaría á seis mil.

Todos ellos eran membrudos, atléticos, jóvenes, valientes y decididos á todo.

Aquellos seis mil hombres conducidos por Kaid-Abuleyas que llevaba consigo dos esclavos cargados con largas y fortísimas escalas de cañamo retorcido, penetraron en los subterráneos del templo de Hércules.

Una vez allí, Abuleyas abrió la puerta de la mina que conducía á la torre encantada.

(1) Mayo de 1085 de J. C.

Con él entraron otros los esclavos que llevaban las escalas, y uno tras otro los seis mil soldados.

Desde entonces no se interrumpió el largo cordon de hombres que penetraba por la mina.

Cuando Kaid-Abuleyas llegó á lo alto de la torre, entró en las habitaciones que ya conocemos, aseguró una escala á cada uno de los cuatro agimeces, y descendió el primero, al oscuro pié de la torre.

Por las cuatro escalas continuaron bajando sin interrupcion los soldados, que se formaban en masas cerradas, en el terreno solitario que rodeaba la torre.

Abuleyas, seguido de su gente, penetró por una callejuela, la recorrió y entró en la plaza de Zocodover.

Allí estaban reunidos un gran número de toledanos, entre los cuales se veia al gran faquí Abu-Abdallah.

Antorchas encendidas reflejaban por todas partes: las masas del pueblo se agitaban rugientes.

Pedian á gritos y de una manera amenazadora la paz, y para conseguirla, la rendicion de Toledo, bajo las condiciones que ya les habian hecho saber los faquies, que andaban entre la multitud, instruidos por el gran faquí Abu-Abdallah.

Grandes sumas de dinero habian sido distribuidas entre los pobres, y á los ricos se les habian hecho grandes ofrecimientos á nombre de Afonso VI.

Estaban además cansados del largo y riguroso sitio, y vejados por el rey Adofar, que los trataba como esclavos, á pretesto de que los necesitaba como soldados para defender la ciudad.

Adofar confiaba en la fidelidad de su guardia, compuesta de hombres feroces, que solo necesitaban ver una mirada de Adofar, para caer sobre aquel en que la mirada del rey se fijaba.

Y era tan fuerte y tan numerosa la guardia del rey, que los toledanos no se atrevian á sublevarse, y necesitaban que les llegase un refuerzo de afuera.

Aquel refuerzo habia llegado con Abuleyas, y desde el momento que vieron adelantar, crecer y multiplicarse los soldados de Aben-Abed, rompieron por completo el freno del miedo y se lanzaron rugientes sobre el alcázar.

## XIII.

Al mismo tiempo las casas de los magnates que servian al rey y le imitaban en sus tiranías, fueron acometidas, saqueadas é incendiadas.

Empezó una noche de horror y de sangre para Toledo.

Al mismo tiempo el Cid que estaba avisado, acometia por fuera.

Le era, pues, imposible al rey Adofar resistir, y despues de una carnicería inútil, en los muros y en el interior de la ciudad, envió mensajeros al campo de los cristianos, ofreciendo la rendicion y lo anunció asimismo al pueblo de Toledo.

Abuleyas ocupó inmediatamente la ciudad y el alcázar, y teñidas aún las manos en sangre, envió la carta que Sayda-Llemal, esto es, la reina, habia entregado á Alfonso VI.

## XIV.

Inmediatamente la córte partió de Búrgos, y llegó delante de Toledo el dia 24 de mayo.

Las capitulaciones estaban ya acordadas.

Solo faltaba la firma de Alfonso VI, que se apresuró á ponerla al pié de aquellas capitulaciones.

Eran las mismas que Sayda-Llemal habia enviado al gran faquí de Toledo.

El dia 25 de mayo, todo el ejército cristiano se formó en la llanura delante del puente de Alcántara.

El cerco se habia levantado.

Era ya inútil.

Un ejército, compuesto la mitad de soldados árabes de Aben-Abed, y de soldados cristianos de los ejércitos de Castilla, Leon, Galicia y Astúrias la otra mitad, ocupaban por completo á Toledo, guardando sus puertas, sus muros y su alcázar.

Dentro, pero sin tomar posesion de la ciudad porque esto solo correspondia á Alfonso VI, estaba el rey Aben-Abed.

## XV.

Delante de su ejército, rodeado de sus condes, de los grandes que acompañaban á la corte, de sus escuderos, de sus pajes, de sus guardias, y de las damas, doncellas y pajes de la reina, estaba Alfonso VI á caballo, armado con arnés de guerra, con corona riquísima en la cabeza, y manto de púrpura sobre los hombros.

A su derecha estaba Sayda-Llemal, ataviada con una magnificencia imponderable.

Su traje era de brocado blanco de oro, y de su corona cuajada de riquísimos rubíes, que la habia entregado el dia antes el joyero, que habia pedido el plazo de un año para fabricarlo, de su corona, repetimos, pendia un transparente velo blanco.

Un velo de virgen.

Blanco como la nieve era tambien el caballo que Sayda-Llemal montaba.

## XVI.

El contento resplandecia en los ojos de la reina.

En los del rey el contento y el amor.

Al tomar posesion de Toledo, llegaba á la posesion de Sayda-Llemal, á aquella posesion tan anhelada y tan disputada.

Alfonso VI se impacientaba, pues, porque Adofar tardaba en llegar á entregarle las llaves de la ciudad y á rendirle pleito homenaje.

## XVII.

Al fin se oyó de la otra parte del puente y dentro de la ciudad, una marcha ruidosa que tocaban añafles, dulzáinas, atabales y atakebiras, y poco despues apareció atravesando el puente un pequeño escuadron de árabes, sencillamente vestidos y sin armas.

A su frente iba el rey Adofar envuelto en un alquicel blanco.

Tras él, un alkaide llevaba sobre una bandeja de oro dos grandes llaves de hierro.

Era la una de la ciudad.

La otra del alcázar.

Llegaron al fin, y á la par los dos reyes, el vencedor y el vencido, echaron pié á tierra.

Adofar temblando de vergüenza y de dolor, tomó la bandeja de mano del alkaide y presentó las llaves al rey don Alfonso, arrodillándose al mismo tiempo.

Alfonso no le permitió que acabara de arrodillarse.

—¡Dios lo ha querido! dijo con la voz mojada en llanto el rey Adofar.

—Dios ayuda á sus verdaderos creyentes, contestó el rey Alfonso tomando las llaves y entregándolas á uno de sus condes.

—Dios tenga misericordia de mí, dijo Adofar, porque no he sabido defender mi reino, y la tenga de ti, si faltares á una sola de las capitulaciones bajo cuya fe el reino te ha sido entregado.

—Castígueme Dios si no las cumplo.

—Déjame ahora que me aleje de estos lugares de dolor, dijo Adofar.

—¿Y por qué no te quedas en tu pátria?

—Mi pátria me veria vasallo habiéndome visto rey. No : yo te suplico que me des tu licencia para partir.

—Vé en paz, dijo Alfonso VI, y que Dios te consuele.

Adofar, despues de saludar á Sayda-Llemal, saltó á caballo y con un escaso acompañamiento tomó el camino de Valencia.

El rey, Sayda-Llemal, la córte y el ejército, entraron inmediatamente, y Alfonso VI con la reina fué á echar pié á tierra en las puertas del alcázar.

Cuando estuvieron solos, el rey dijo á Sayda-Llemal:

—Ya estamos en el alcázar de Toledo.

—No importa: aún no tiene un templo en la ciudad la Santa Madre de Dios.

## XVII.

Al día siguiente, el obispo de Búrgos consagró la mezquita mayor, convirtiéndola en iglesia cristiana bajo la advocacion de Santa María de Toledo.

Cantóse un solemne *Te-Deum*, oraron los reyes ante el altar que se habia improvisado á la Virgen en el antiguo adoratorio, y se volvieron al alcázar.

—¡Oh! dijo Sayda-Llemal resplandeciente de hermosura y de amor, arrojándose en los brazos del rey: ¡ahora sí, Alfonso mio, que soy tuya!

---

 EPÍLOGO.
 

---

No ha sido nuestro ánimo ocuparnos en la historia del rey Alfonso VI, sino de la historia de sus amores.

Estos habian dado fin, ó mejor dicho, se habian concentrado en Sayda-Llemal.

Tan poderosos atractivos, tanto amor, tanta magia habia encontrado Alfonso VI en su esposa, que habia olvidado completamente sus otros dos amores, Inés de Poitiers y Zayda-Sobeydah.

Pero Sayda-Llemal no podia olvidar á aquellas dos desgraciadas.

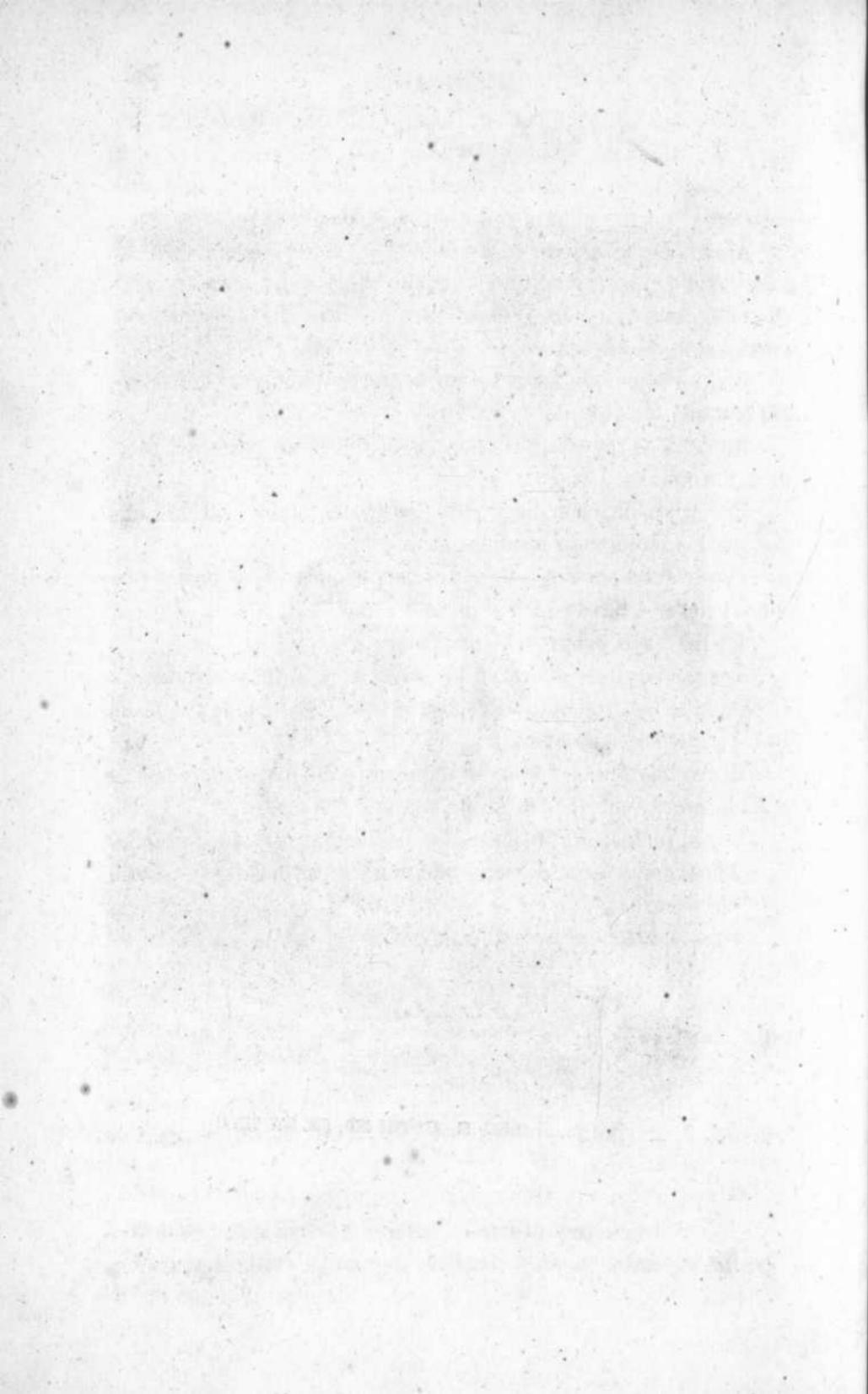
Su felicidad no era pura.

Estaba mezclada con agudos remordimientos.

Inés de Poitiers habia muerto loca, y no se sabia qué habia sido de Zayda-Sobeydah.



....¡AHORA SI ALFONSO MIO, QUE SOY TUYA!



Todas las terribles aventuras por que habia pasado para llegar á ser esposa de Alfonso VI vivian en su memoria.

Al recordarlas la parecia que habia robado el lugar que ocupaba en el tálamo y en el trono de Alfonso VI.

Así vivió algunos años, sin dar hijos al rey, triste, con su esterilidad y sus remordimientos, embriagándose para olvidar, en el delirante amor de Alfonso VI, que cada dia se mostraba más enamorado de ella.

Porque á más de su hermosura que no palicecia, doña Isabel era una gran reina.

Aliviaba al rey con sus consejos de una gran parte del peso de la corona.

Era cristiana, sencilla y pura, y su inagotable caridad hacia que los infelices la bendijesen.

Pero ni el amor del rey, ni las bendiciones de los pobres pudieron librar á Sayda-Llemal de su destino.

Un dia cayó peligrosamente enferma.

Los médicos desesperaron de salvarla, y el más atrevido de ellos confesó al rey que su esposa estaba envenenada y que no habia remedio en lo humano.

El rey blasfemó, rugió, se desesperó, amenazó ahorcar á la mitad de sus reinos, pero no pudo ahorcar á nadie.

Sayda-Llemal murió entre los brazos del rey murmurando:—Véngame, Alfonso: quien me mata es tu enemigo el sultan de Marruecos.

Y poco despues Sayda-Llemal murió.

---

Pasaron algunos dias: el último de ellos Alfonso VI al ir á reposar á su tálamo viudo, encontró sobre él un pergamino escrito en árabe.

Aquel pergamino decia así:

«El exclarecido y poderoso sultan de Marruecos, Juzef-Abu-Taxfin, al tirano enemigo de Dios, el impio rey Alfonso-ben-Ferdeland.

La maldición de Dios sea contigo.

Me habias robado un tesoro, y le has poseido durante mucho tiempo con r bia mia: el infierno te ha protegido contra mí: pero al fin mi venganza ha triunfado, y ese tesoro no existe: pero al destruirle por no verle por más tiempo tuyo, me he herido el corazon: yo soy tu enemigo   muerte   ir    buscarte para saciar mi corage en los campos de batalla. Espérame.

En vano Alfonso VI procur  saber quién habia puesto all  aquel pergamino.

Sin duda para ello se habia corrompido   fuerza de oro la fidelidad de alguno de sus servidores.

Inútil es decir que Alfonso VI y Juzef-Abu-Taxfin fueron enemigos irreconciliables.

Pero debemos decir que Alfonso VI que llegó á la avanzada edad de ochenta años, tuvo otras cinco esposas y un incalculable número de mancebas.

Pero ninguna de aquellas cinco esposas, ninguna de aquellas mancebas, lograron llenar el vacío que habia dejado en el corazon del rey la pérdida de Sayda-Llemal.

Alfonso VI no volvió á amar, y como necesitaba amar, no encontrando el amor en la mujer, lo buscó en la gloria.

Fué un gran rey.

H  aquí de qué manera llegaron á ser provechosos   la patria *Los amores de Alfonso VI.*

---

FIN.

# INDICE.

## PRIMERA PARTE.

### SAYDA-LLEMAL.

CAPITS.	PAGS.	
I.....	En que se relata lo que pasó una tarde del año 1072 en la Huerta del Rey en Toledo. . . . .	3
II.....	En que se continúa relatando lo que pasó aquella tarde. . . . .	21
III.....	El primer amor de don Alfonso. . . . .	42
IV.....	En que el autor hace una digresion en favor de la catedral de Toledo, y despues de algunas comparaciones continúa su cuento. . . . .	54
V.....	Un cuento del rey Al-Mamun. . . . .	69
VI.....	La hermosa Sultana de la India. . . . .	103
VII.....	De cómo fué la primera entrevista de Sayda-Llemal y de Alfonso VI, y de cómo nació el segundo amor de éste. . . . .	118
VIII.....	De cómo el rey Al-Mamun comprendió que no se puede fiar en las apariencias. . . . .	130
IX.....	De lo que pasó por Alfonso VI, despues de haber sido preso por Al-Mamun. . . . .	145
X.....	En que se aclara la parte misteriosa del anterior. . . . .	153
XI.....	De lo que trató el principe Juzef con los servidores de don Alfonso, y de cómo el conde Peranzules emprendió su viaje para Castilla. . . . .	173
XII.....	De cómo encontró Peranzules á Zamora. . . . .	178
XIII.....	El duelo de Zamora. . . . .	194
XIV.....	De cómo terminó el reto de Zamora, y del cumplimiento que dió á su comision el conde don Peranzules. . . . .	202
XV.....	De lo que hizo don Alfonso en los últimos dias que pasó en Toledo. . . . .	227
XVI.....	El horóscopo. . . . .	233
XVII.....	De lo que vió el principe Juzef-Abu-Taxfin en los subterráneos de la torre de Hércules. . . . .	243
XVIII.....	La sultana Howara. . . . .	250
XIX.....	En que continúan los sucesos del principe Juzef. . . . .	266

## II

XX.....	Los primeros amores de Alfonso VI. . . . .	288
XXI...	De cómo el rey Al-Mamun se enristeció y se alegró y volvió á alegrarse y á enristecerse. . . . .	300
XXII..	En que prosigue el asunto del anterior. . . . .	310
XXIII.	La jura de la sangre. . . . .	322
	Epilogo de la primera parte. . . . .	342

## SEGUNDA PARTE.

## INÉS DE POITIERS.

I.....	Del mal camino que llevaba una familia árabe, una noche de tormenta. . . . .	347
II.....	De cómo Aben-Abed y su familia se hallaron perdidos, y de lo que sucedió. . . . .	360
III.....	De cómo Sayda-Llemal se quedó entre cristianos sin pedir licencia á nadie. . . . .	371
IV.....	En que se prosigue relatando el asunto empezado en el anterior. . . . .	398
V.....	En que se concluye el asunto proseguido en el anterior. . . . .	437
VI.....	De cómo le salieron á Sayda-Llemal sus asuntos mejor de lo que habia creído, y de cómo Aben-Abed fué consolado. . . . .	472
IVI.....	De cómo la sultana Sayda-Llemal se convirtió en dueña para el rey don Alfonso VI. . . . .	519
VIII...	De cómo se valió don Peranzules para cojer al ruiseñor, de cómo le cogió y le llevó al rey, y de lo que le pasó al rey con el ruiseñor. . . . .	537
IX.....	Lo que pasó entre Sayda-Llemal y sus padres. . . . .	566
X.....	De cómo Sayda-Llemal se aseguró en su fingida posición, y de lo que hizo en provecho suyo. . . . .	576
XI.....	En que se vé que Sayda-Llemal tenia la serenidad, la fuerza y el valor de un hombre, y de cómo influyó esto sobre Inés de Poitiers. . . . .	609
XII....	En que se sabe lo que hizo Sayda-Llemal despues de separarse del rey. . . . .	623
XIII...	De cómo le iban saliendo caros los amores al rey don Alfonso VI. . . . .	632
XIV...	De la aventura que sucedió al rey antes de llegar al castillo del Desierto, y de cómo se vió más y más envuelto en los amores de Sayda-Llemal. . . . .	661
XV....	Continuacion del anterior. . . . .	679

## TERCERA PARTE.

## LA CONQUISTA DE TOLEDO.

I.....	De cómo había en Toledo, cerca de Zocodover, una torre que el vulgo creía encantada. . . . .	697
II.....	En que se continúa relatando el asunto del anterior. . . . .	702
III.....	De cómo el rey comprendió que no se puede pensar en amores cuando se cerca una ciudad como Toledo. . . . .	732
IV.....	Cómo doña Isabel Aben-Abed, hija del sultan de Andalucía, supo hacerse querer de los cristianos. . . . .	741
V.....	De cómo el wali Al-Hahor hizo una excursión, lo que de ella trajo, y á dónde lo llevó. . . . .	766
VI.....	De lo que pasó entre el rey y la reina. . . . .	791
VII.....	De cómo la fatalidad, más que la voluntad y el corazón del rey, fué preparando nuevos y terribles sucesos. . . . .	812
VIII...	De cómo Sayda Llemal conoció que, en vez de haberse terminado su lucha de amor con Alfonso VI, se hacia á cada momento más terrible. . . . .	838
IX.....	De cómo Sayda-Llemal procuraba saberlo todo, y de lo que pasó en la torre encantada, desde que dejamos en ella á Zayda-Sobeydah. . . . .	858
X.....	En que se vé el provecho que sacó Sayda-Llemal de su excursión subterránea. . . . .	873
XI.....	En que se relatan varios y curiosos sucesos de esta verídica historia... . . . .	893
XII....	En que el autor dice dónde estaba Sayda-Llemal. . . . .	916
XIII...	De cómo el rey Alfonso VI encontraba por todas partes obstáculos y contrariedades. . . . .	948
XIV...	En que se sabe el resultado que tuvo la intriga amorosa de Sayda-Llemal. . . . .	971
XV....	En que se termina esta historia con el casamiento del rey don Alfonso con doña Isabel Aben-Abed, y en que se dice cómo se tomó á Toledo. . . . .	979
	Epílogo. . . . .	990

## PLANTILLA

### PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Portada.	19
Habia visto al jóven que parecia dormido. . . . .	19
La sultana de la India! . . . . .	108
Vi una mujer, una niña, una hada, una huri. . . . .	163
Y el pueblo arrojaba sobre él piedras, palos, venablos. . . . .	217
Bebamos! . . . . .	262
Metieron en él al rey dormido . . . . .	293
El rey puso la mano derecha sobre los Evangelios y la izquierda sobre la ballesta. . . . .	338
Lee, hermano. . . . .	401
Datham se aferró á él. . . . .	440
Empezó á trepar á lo alto. . . . .	492
¿Sabeis delante de quién estais? . . . . .	548
El wali vaciló, retrocedió y cayó. . . . .	612
El infeliz se asió pálido, aterrado á la sultana.. . . .	653
El rey permaneció inmóvil. . . . .	684
Al fin apareció por aquella puerta un moro. . . . .	708
¿Vienes herido, Alfonso?. . . . .	736
... se puso de rodillas, y estendió los brazos hácia Sayda-Llemal. . . . .	756
El rey se acercó á la reina sin que esta le sintiese. . . . .	803
—¿Quién eres tú? la dijo. . . . .	941
...; Ahora sí, Alfonso mio, que soy tuya! . . . . .	990



# TABLE

CONTENTS

Introduction	1
Chapter I	10
Chapter II	20
Chapter III	30
Chapter IV	40
Chapter V	50
Chapter VI	60
Chapter VII	70
Chapter VIII	80
Chapter IX	90
Chapter X	100
Chapter XI	110
Chapter XII	120
Chapter XIII	130
Chapter XIV	140
Chapter XV	150
Chapter XVI	160
Chapter XVII	170
Chapter XVIII	180
Chapter XIX	190
Chapter XX	200
Chapter XXI	210
Chapter XXII	220
Chapter XXIII	230
Chapter XXIV	240
Chapter XXV	250
Chapter XXVI	260
Chapter XXVII	270
Chapter XXVIII	280
Chapter XXIX	290
Chapter XXX	300





GOZALEZ

LOS AMORES

DE ALFONSO VI.

